

TRILOGÍA

LIBRO I

TREMONGER

LOS SECRETOS DE HEAP HOUSE

POR

EDWARD CAREY



«LAS COSAS NO SON LO QUE PARECEN. NUNCA CONFÍES EN LAS COSAS.»

TRILOGÍA

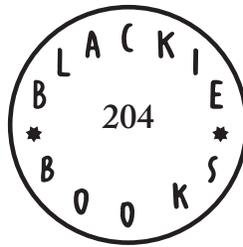
TREMONGER

· LIBRO I ·

LOS SECRETOS DE HEAP HOUSE

— POR —

EDWARD CAREY



Traducción de Lucía Barahona

Título original: *Heap House – The Iremonger Trilogy*

Diseño de colección: Setanta

www.setanta.es

Diseño de cubierta: Luis Paadin

© de las ilustraciones de la cubierta: Edward Carey

© del texto y las ilustraciones: Edward Carey, 2013

© de la traducción: Lucía Barahona, 2023

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

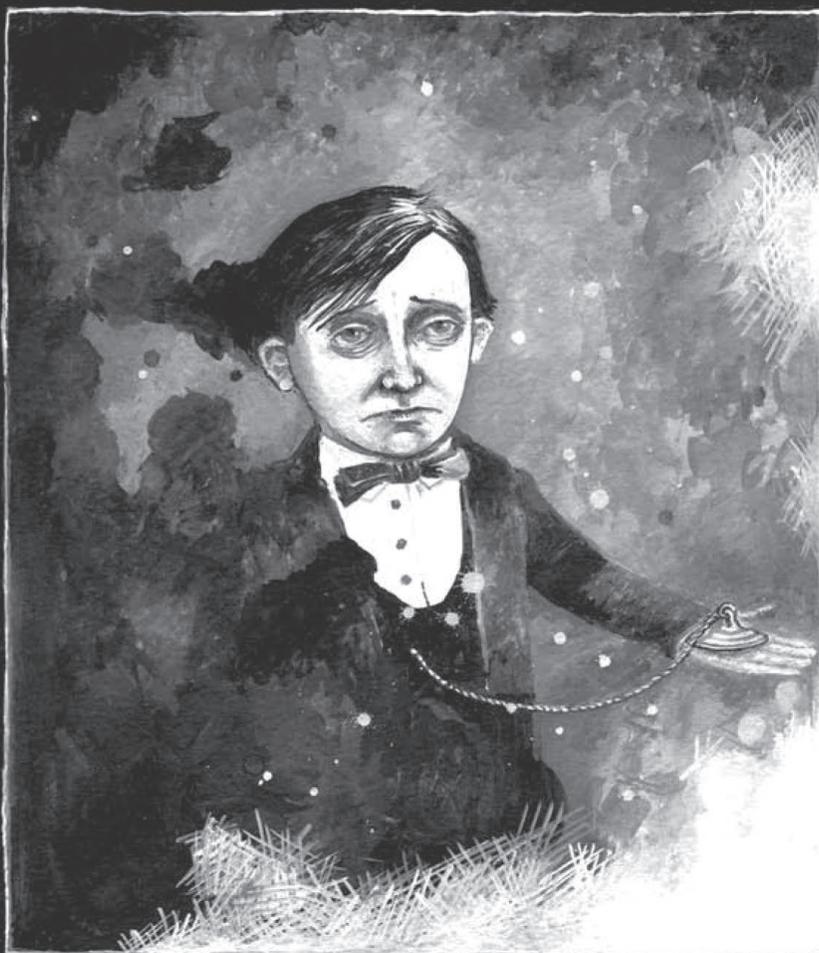
Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-19654-33-5

Depósito legal: B 10208-2023

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Para mi hermano James (1966–2012)



El niño enfermizo Clod Iremonger

UN TAPÓN DE BAÑERA UNIVERSAL

Comienza la historia de Clod Iremonger,
Forlichingham Park, Londres

Así es como empezó

En realidad todo empezó, todo este terrible asunto, el día en que desapareció el picaporte de mi Tía Rosamud. Era su picaporte particular, un picaporte de latón. Es cierto que no ayudó en absoluto que todo el día anterior se hubiera dedicado, como tenía por costumbre, a recorrer la mansión entera en busca de cualquier razón por la que quejarse. Había escudriñado cada planta, escaleras arriba y abajo, abriendo puertas sin ton ni son y sacándole defectos a todo. E insistía en que, en el transcurso de sus minuciosas investigaciones, no se había separado de su picaporte en ningún momento, pero que ahora ya no lo tenía. Alguien, dijo a voz en grito, se lo había robado.

No se había visto semejante alboroto desde que el Tío Abuelo Pitter perdiera su alfiler. En aquella ocasión, lo buscaron por todo el edificio hasta que se descubrió que el pobre tío lo había llevado encima en todo momento: se le había colado por el forro descosido del bolsillo de la chaqueta.

Fui yo quien lo encontró. Aquel día mi familia comenzó a mirarme de forma muy extraña, o quizá debería decir todavía más extraña, porque nunca se habían fiado demasiado

de mí y siempre me estaban pidiendo que me quitara de en medio. El descubrimiento del alfiler pareció confirmar algún tipo de sospecha por parte de mi familia, y algunas de mis tías y primos empezaron a evitarme, me retiraron la palabra; mientras que otros, como por ejemplo mi primo Moorcus, me colocaron en el punto de mira. El primo Moorcus estaba convencido de que era yo quien había escondido el alfiler en la chaqueta y, tras darme alcance en un pasillo oscuro, me estampó la cabeza contra la pared, contó hasta doce (pues esa era mi edad en aquel momento), me colgó de un perchero y me dejó allí hasta que al cabo de dos horas me encontró uno de los sirvientes.

Tras la reaparición de su alfiler, el Tío Abuelo Pitter quedó muy compungido y creo que nunca llegó a levantar cabeza tras la desgracia. Tanto escándalo, tantas acusaciones. Murió la primavera siguiente, mientras dormía, con el alfiler prendido al pijama.

—Pero ¿cómo lo supiste, Clod? —preguntaban mis parientes—. ¿Cómo pudiste saber que el alfiler estaba allí?

—Lo escuché hablar.

Oigo cosas

Aquellos colgajos de carne a ambos lados de mi cabeza no descansaban nunca. Esos dos agujeros por donde entraban los sonidos estaban saturados. Escuchaba cosas que no debía.

Tardé un tiempo en comprender lo que escuchaba.

Me contaron que siendo un bebé, en ocasiones me ponía a llorar sin motivo. Estaba tumbado en la cuna y de pronto, sin causa aparente, empezaba a gritar como si alguien me hubiera tirado del poco pelo que tenía, como si me hubieran escaldado con agua hirviendo o como si me hubieran cortado en pedazos con un escalpelo. Siempre había sido así. Decían

que yo era un niño extraño, infeliz, difícil, y que costaba mucho calmarme. Tenía cólicos infantiles. Cólicos a todas horas. Las institutrices no solían durar demasiado. «¿Por qué eres tan malo?», me decían. «¿Por qué no te tranquilizas?»

Los ruidos me inquietaban; siempre estaba nervioso, asustado e irritable. Al principio no entendía las palabras de los ruidos. Por aquel entonces solo eran sonidos y crujidos, tintineos, chasquidos, golpes, estruendos, palmaditas, estallidos, retumbes, chirridos, gritos, gemidos, esa clase de cosas. Eran suaves en su mayoría, aunque a veces se volvían insoportables. Cuando empecé a hablar no dejaba de repetir: «¿Quién ha dicho eso? ¿Quién habla?», o «Basta. Cállate. ¡No eres más que un trapo!», o «¿Te quieres callar de una vez, orinal?», porque me parecía que los objetos, los objetos normales y corrientes, me hablaban con voces humanas.

Las criadas se enfadaban muchísimo cuando la tomaba con alguna silla o con un cuenco, con alguna campanilla o con un aparador. «Tranquilízate», me repetían sin cesar.

Las cosas solo empezaron a mejorar cuando el Tío Aliver, que en aquella época acababa de graduarse como médico, se percató de mi malestar.

—¿Por qué lloras? —me preguntó.

—El fórceps.

—¿Te refieres a mi fórceps? ¿Qué le pasa?

Le dije que su fórceps, un instrumento que Aliver llevaba siempre encima, me hablaba. Lo normal, cuando mencionaba los objetos parlantes, era que los demás me ignoraran, o que suspiraran, o que me sacudieran por contar mentiras, pero aquel día el Tío Aliver me preguntó:

—¿Y qué dice mi fórceps?

—Dice —repuse, feliz de que me hubiera preguntado—: Percy Hotchkiss.

—Percy Hotchkiss —repitió el Tío Aliver, sumamente interesado—. ¿Algo más?

—No —dije—. Eso es lo único que oigo. Percy Hotchkiss.

—Pero ¿cómo va a hablar un objeto, Clod?

—No lo sé, y de hecho, preferiría que no lo hiciera.

—Un objeto no tiene vida, no tiene boca.

—Lo sé —dije—, y aun así no calla.

—Yo no oigo hablar al fórceps.

—Tú no, pero yo sí, te lo prometo, Tío. Es una voz sofocada, amortiguada, como si hubiera algo atrapado que dice: «Percy Hotchkiss».

A partir de ese día, Aliver comenzó a visitarme a menudo para escucharme hablar largo y tendido sobre las diferentes voces y nombres que yo oía, y tomaba nota. Lo único que oía eran nombres, solo eso, algunos pronunciados en susurros, otros con fuertes alaridos, algunos parecían melodías, otros gritos; algunos sonaban comedidos, otros muy orgullosos, y también los había extremadamente tímidos. Y siempre me parecía que aquellos nombres provenían de diferentes objetos que había repartidos por toda la casa. En el cuarto de estudio no lograba concentrarme porque había una vara que se empeñaba en gritar «William Stratton», y un tintero que decía «Hayley Burgess», y un globo terráqueo que murmuraba «Arnold Percival Lister».

—¿Por qué son tan raros los nombres de los objetos? —pregunté un día al Tío Aliver, cuando debía de tener unos siete años—. Todos esos Johns y Jacks y Marys, Smiths y Murphys y Jones. ¿Por qué son tan diferentes a los nuestros?

—Verás, Clod —dijo Aliver—, en realidad somos nosotros los que tenemos unos nombres poco habituales. Es una tradición de nuestra familia. Nosotros, los Iremonger*, tenemos otra forma de llamarnos porque somos diferentes a los demás. Para poder distinguirnos de ellos. Es una antigua costumbre

* La palabra «Iremonger» es una modificación de la palabra inglesa «ironmonger», que significa: ferretero, quincallero. (*N. de la T.*)

familiar: nuestros nombres son como los de los que viven lejos de aquí, más allá de los cúmulos, solo que algo deformados.

—¿Te refieres a la gente de Londres, Tío?

—De Londres y de otros lugares aún más lejanos, Clod.

—¿Tienen nombres como los que yo oigo?

—Sí, Clod.

—¿Y por qué oigo todos esos nombres, Tío?

—No lo sé, Clod, es una peculiaridad que tienes.

—¿Dejaré de oírlos en algún momento?

—Quién sabe. Puede que este poder tuyo desaparezca, que disminuya o que vaya a peor. No lo sé.

De todos los nombres que llegaban a mis oídos, el de James Henry Hayward se repetía más que ningún otro. Eso era porque siempre llevaba el objeto que decía «James Henry Hayward» conmigo, dondequiera que fuese. Era una voz joven y agradable.

James Henry era un tapón, un tapón universal, que encajaba en la mayoría de los desagües. Lo llevaba guardado en el bolsillo. James Henry era mi objeto de nacimiento.

Cada vez que nacía un nuevo Iremonger, en mi familia teníamos la costumbre de entregarle un objeto especial escogido por la Abuela. Los Iremonger siempre juzgaban a sus miembros por la forma en que cuidaban su objeto personal, su objeto de nacimiento, como lo llamábamos. Teníamos que llevarlo encima en todo momento. Y todos eran diferentes. Cuando yo nací me entregaron a James Henry Hayward. Fue lo primero que tuve en mi vida, mi primer juguete y compañero. Tenía una cadena de sesenta centímetros de largo, en cuyo extremo había un pequeño gancho. Cuando pude caminar y vestirme solo, lucía mi tapón y mi cadena igual que los demás llevaban su reloj de bolsillo. Ocultaba mi tapón de bañera, mi James Henry Hayward, en el bolsillo del chaleco para mantenerlo a salvo, mientras que la cadena sobresalía del bolsillo en forma de U y el gancho quedaba sujeto al bo-

tón central de mi chaleco. Había sido muy afortunado con mi tapón, porque no todos los objetos de nacimiento eran tan sencillos como el mío.

Cierto es que, al contrario que el alfiler de corbata de diamantes de la Tía Onjla (que decía Henrietta Nysmith), mi tapón de bañera no tenía ningún valor económico, pero por lo menos no era tan engorroso como la sartén de prima Gustrid (señor Gurney), por no hablar de la repisa de chimenea de mármol de mi abuela (Augusta Ingrid Ernesta Hoffmann), que la había confinado en la segunda planta durante toda su larga vida. Reconozco que a menudo me hacía preguntas sobre nuestros objetos de nacimiento. ¿Habría empezado a fumar la Tía Loussa si no le hubieran entregado un cenicero (Little Lil) al nacer? A los siete años ya había contraído el hábito. ¿Habría llegado a ser médico el Tío Aliver si no le hubieran obsequiado con aquel fórceps curvo diseñado para traer niños al mundo (Percy Hotchkiss)? Y naturalmente estaba mi pobre y melancólico Tío Pottrick, a quien en su nacimiento le regalaron una soga (teniente Simpson) atada en forma de nudo corredizo; qué lamentable era verlo arrastrarse como un alma en pena por los inestables pasajes de sus días. Y la cuestión iba todavía más lejos: ¿habría sido más alta la Tía Urgula si no hubiera recibido una banqueta (Polly)? La relación de cada uno con su objeto de nacimiento era un asunto muy complicado. Cuando yo miraba mi tapón de bañera, sabía que encajaba conmigo a la perfección. No sabía exactamente por qué, pero así era. No habría podido recibir otra cosa que no fuera mi James Henry. En toda la familia Iremonger solo había un objeto de nacimiento que no pronunciaba ningún nombre cuando intentaba escucharlo.

La pobre Tía Rosamud

Y así, a pesar de su habitual desconfianza y de los cuchicheos, a pesar de que por lo general me repudiaban, sí que fui requerido cuando la Tía Rosamud perdió su picaporte. No me gustaba entrar en los dominios de la Tía Rosamud, y como norma no me habrían permitido acceder a un territorio tan inhóspito, pero aquel día mi presencia allí les resultaba útil.

La Tía Rosamud, la verdad sea dicha, era vieja y rezon-gona, y muy dada a gritar, a acusar y a pellizcar. Distribuía galletas de carbón entre los niños a diestro y siniestro para combatir la flatulencia. Le encantaba pescarnos en las escaleras para hacernos preguntas sobre la historia de la familia y, si nos equivocábamos en la respuesta y confundíamos a un primo segundo con uno tercero, por poner un ejemplo, se volvía impaciente y desagradable, sacaba su picaporte especial (Alice Higgs) y nos golpeaba con él en la cabeza. Qué. Muchacho. Tan. Mentecato. Y dolía. Pero que mucho. Eran tantas las cabezas jóvenes a las que había pegado, sacudido y aporreado con su picaporte que había impregnado de mala fama todos los picaportes, y éramos muchos los que nos mostrábamos cautelosos a la hora de accionar tales objetos, por los malos recuerdos que nos traía aquella simple acción. A nadie sorprendió, por tanto, que aquel día las sospechas recayeran en especial sobre los chicos en edad escolar. Entre nosotros había muchos que no lamentarían que el picaporte jamás fuese recuperado, y a muchos nos aterraba lo que pudiera ocurrir en caso de que apareciese. Pero sin duda todos sentimos una cierta compasión hacia Rosamud y su pérdida, sabiendo como sabíamos que no era la primera vez que la Tía Rosamud perdía algo importante.

Rosamud tendría que haberse casado con un hombre al que nunca conocí, una especie de primo llamado Milcrumb,

pero una gran tormenta lo sorprendió más allá de los muros de la mansión y se ahogó en los cúmulos que rodean nuestro hogar. Nunca encontraron su cuerpo, ni siquiera su maceta personal. Y por eso, la Tía Rosamud, atribulada por la ausencia de Milcrumb, se dedicaba a dar tumbos por sus aposentos de soltera, atizando a todos con su picaporte. Hasta que una mañana el picaporte, como le había sucedido con Milcrumb, desapareció sin dejar rastro.

Aquella mañana, Rosamud estaba sentada en una silla de respaldo alto, completamente abatida y sin nada en su haber que dijera «Alice Higgs», como si de repente la hubieran silenciado. Me dio la impresión de que se había convertido en algo incompleto. Estaba rodeada de cojines mullidos y de diversos tíos y tías que revoloteaban por allí. Rosamud permanecía callada, algo muy raro en ella, con la mirada perdida, pesarosa. Los demás, en cambio, armaban un buen escándalo.

—Vamos, Muddy, querida, seguro que lo encontramos.

—Anímate, Rosamud, no es algo tan pequeño, aparecerá enseguida.

—Por fuerza ha de hacerlo.

—En menos de una hora, estoy seguro.

—Mirad, aquí está Clod, viene a poner la oreja.

Esta última información no pareció alegrarla demasiado. Alzó la cabeza y me contempló un breve instante, con inquietud y tal vez una leve esperanza.

—Venga, Clod —dijo el Tío Aliver—, ¿quieres que espere-
mos fuera mientras escuchas?

—No te preocupes, Tío —repuse—. No hace falta. Por favor, no tenéis que irros.

—Esto no me gusta un pelo —dijo el Tío Timfy, el tío más veterano de la casa, el tío cuyo objeto de nacimiento era un silbato que decía «Albert Powling», que soplaba con frecuencia cuando consideraba que algo no estaba bien. Tío Timfy

el fisgón, Tío Timfy el de los labios rollizos, el que nunca superó la altura de un niño, Tío Timfy el espía de la casa, el que se dedicaba a merodear por ahí en busca de desorden—. Menuda pérdida de tiempo —protestó—. Hay que inspeccionar de inmediato toda la casa.

—Por favor, Timfy —dijo Aliver—. Mal no hará. Acuérdate de cómo apareció el alfiler de Pitter.

—Pura chiripa, eso es lo que fue. No tengo tiempo para fantasías y mentiras.

—A ver, Clod, por favor, ¿oyes el picaporte de tu tía?

Escuché con mucha atención paseándome por sus habitaciones.

«James Henry Hayward.»

«Percy Hotchkiss.»

«Albert Powling.»

«Annabel Carrew.»

—¿Está aquí, Clod? —preguntó Aliver.

—Oigo con claridad a tu fórceps, Tío, y sobre todo al silbato del Tío Timfy. Oigo bastante bien a la bandeja de té de la Tía Polumar. Pero no consigo oír al picaporte de la Tía Rosamud.

—¿Estás seguro, Clod?

—Sí, Tío, aquí no hay nada con el nombre de Alice Higgs.

—¿Completamente seguro?

—Completamente, Tío.

—¡Pamplinas! —exclamó el Tío Timfy—. Llévate a este mocoso enfermizo de aquí. No eres bienvenido, niño, ¡vete ahora mismo al cuarto de estudio!

—¿Tío? —pregunté.

—Sí, Clod —dijo Aliver—, puedes irte, gracias por intentarlo. No te fatigues, ve con cuidado. Debemos registrar de manera oficial la fecha y la hora de la pérdida: el 9 de noviembre de 1875 a las 09:50 horas.

—¿Queréis que escuche por el resto de la casa? —pregunté.

—¡No permitiré que meta sus narices en ningún otro sitio! —chilló Timfy.

—No, gracias, Clod —dijo Aliver—. Ya nos encargamos nosotros.

—¡Los sirvientes serán registrados! —oí decir a Timfy mientras me retiraba—. ¡Rebuscaremos en todos los armarios! ¡Todo, absolutamente todo, será vaciado! ¡Revolveremos hasta el último rincón y revisaremos cualquier cosa, por pequeña que sea!

[Haz clic aquí para comprar tu ejemplar](#)